

VIGÉSIMO QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

En la recuperación de la adicción sexual, la comparación puede convertirse en una fuente de desánimo silenciosa. Alguien más parece estar más estable en la sobriedad, y entonces empezamos a medir nuestro progreso con el suyo. Incluso podemos comparar los detalles de nuestro pasado y decidir que lo estamos haciendo mejor que los demás o que estamos demasiado dañados para lograrlo. En cualquiera de estas opciones, la comparación desvía nuestra atención de la gracia que Dios nos está dando ahora.

A través de la parábola de los trabajadores de la viña (Mateo 20:1–16), el Evangelio del domingo aborda esta cuestión. Un propietario sale continuamente a invitar a la gente a trabajar. Algunos empiezan temprano, mientras que otros llegan cerca del final de la jornada. Cuando cada uno recibe el mismo salario, los trabajadores que llegaron primero se quejan. Recibieron lo prometido, pero la generosidad de otra persona hace que su propio regalo de repente parezca insuficiente.

El propietario pregunta: “¿Vas a tenerme rencor porque yo soy bueno?” (Mateo 20:15). Esa pregunta tiene mucho que ver con la recuperación. Podemos ver la liberación de otra persona y preguntarnos por qué la nuestra ha tardado más. Podemos tener resentimiento con alguien cuya historia parece menos complicada. También podemos sentir culpa cuando un recién llegado parece avanzar más rápido que nosotros.

La primera lectura nos da una corrección necesaria: “Mis pensamientos no son los pensamientos de ustedes, sus caminos no son mis caminos, dice el Señor.” (Isaías 55:8). Dios no nos está comparando con la persona que está sentada al otro lado del salón. Está invitando a cada uno de nosotros a que entremos a la viña. La recuperación se vuelve más sana cuando dejamos de preguntarnos si nuestro progreso está a la altura y empezamos a preguntarnos si estamos respondiendo fielmente a la gracia que hoy está frente a nosotros.

Esa respuesta sigue necesitando acción. Decimos la verdad cuando el secreto nos tienta. Pedimos ayuda antes de que el aislamiento se haga más intenso. Ponemos los límites que protegen nuestra libertad. Estas prácticas son valiosas, pero no son una forma de ganarse el amor de Dios, ni de demostrar que merecemos la recuperación más que otra persona. Son nuestra respuesta a la misericordia que ya se nos ha ofrecido.

La comparación también puede funcionar en la dirección contraria. Puede ser que creamos que iniciamos muy tarde o que hemos fracasado demasiadas veces. La culpa nos dice que otras personas pueden llegar a sanar completamente, pero que nuestra historia es diferente. Los trabajadores que llegaron después cuestionan esa mentira. El propietario sigue saliendo a la plaza. Su invitación no está reservada sólo para quienes llegaron temprano o lograron un historial impresionante.

Esto es importante de considerar también después de una recaída. Un retroceso no nos hace no aptos para la gracia. Seguimos teniendo que responder por nuestras decisiones y reparar los daños sigue siendo necesario, pero la desesperación no es humildad. La humildad nos permite recibir nuevamente ayuda y volver al trabajo sin hacer de nuestro fracaso el centro de nuestra identidad. Podemos aprender de lo que pasó sin convertirlo en una prueba de que la libertad es imposible. A veces, la respuesta más correcta tras una caída es simplemente volver a la luz más pronto de lo que antes lo hacíamos.

La recuperación nos da un parámetro de medición distinto. En la segunda lectura, San Pablo escribe: “Porque para mí, la vida es Cristo” (Filipenses 1:21). Esto se convierte en una mejor medida de recuperación que la comparación. Una pregunta más acertada es si estamos actuando con más honestidad en nuestra vida y si Cristo se siendo más importante que la necesidad de escapar o demostrar nuestro propio valor.

No hay escasez de misericordia en la viña de Dios. El progreso de otra persona no amenaza el nuestro. Podemos alegrarnos cuando alguien encuentra la libertad y permitir que su historia fortalezca la esperanza en lugar de sentir envidia. Dios nos pide que recibamos la obra y gracia que se nos ha dado, y que confiemos en que Su generosidad es lo suficientemente grande para todos.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿En qué situaciones comparas tu recuperación, sobriedad o progreso con el de otra persona más frecuentemente?
- Cuando la comparación se convierte en culpa, ¿qué te lleva a creer sobre tu propia capacidad para la libertad?
- ¿Qué gracia te está pidiendo Dios en tu recuperación que recibas y reacciones ahora mismo, sin compararla con el progreso de otra persona?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Isaías 55:6–9

SAL. RESP. Salmo 145:2–3, 8–9, 17–18

SEGUNDA LECTURA Filipenses 1:20c–24, 27a

EVANGELIO Mateo 20:1–16a